

monos piluchos

C
O
N
T
A
L
D
E
A
L
T
R
O
S

1

Mi familia, pienso, era poco más que un accidente, pero ¿acaso no lo son también todas las familias de personas que se han unido en necesidad para evitar el hambre o el frío? Y es que esa idea de familia feliz parece correr solo para aquellos que han podido costearla, porque cuando el hambre entra por la puerta, el amor sale por la ventana, dicen.

Así terminé frente a la pantalla y sentado a los pies de la cama de mi abuela, que nos invitaba a tomar once de vez en cuando para alivianar los gastos de mi casa, mirando embelesado la imagen masculina de ese mono animado, un hombre de cuello delicado, pequeña cabeza rapada y con un cuerpo viril. A mi abuela le gustaba ver la teleserie a media tarde en el living, así que le había pedido permiso para ver monos animados en su dormitorio, que era una habitación espaciosa surgida de una ampliación que mi abuelo levantó con

sus propias manos antes de que yo naciera. Había dos camas separadas, cada una con un cubrecama blanco, todo tan limpio y ordenado que hacía ver mi propia habitación como una pocilga.

Estábamos en época de vacaciones y yo, asmático, pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en mi casa o en la de mi abuela Marta, como todos los veranos. Me criaron con la idea de que tenía una salud muy débil, así que no jugaba mucho con otros niños y, a diferencia de mis hermanos, por ejemplo, me sumergía en pasatiempos más solitarios como dibujar, leer o ver tele. Así terminé esa tarde sobre el cubrecama hecho a crochet de mi abuela, descubriendo un sentimiento nuevo. Por alguna razón tenía ganas de estrechar con fuerza la imagen de ese hombre animado contra mi carne. Debo haber tenido poco más de diez años, y desde entonces me pasé todas las tardes de lo que quedaba del verano viendo *Dragon Ball*, abrazado a una almohada, revolcándome e imaginando que estaba junto a Ten Shin Han.

Fue lo más cercano a un primer amor.

Cada tarde, al volver a casa de mis papás, tenía que subir la escalera en silencio. Era una casa grande que habían comprado con la venta de uno de los camiones antes de que yo naciera, y cuyo primer piso arrendaban a personas solas o parejas sin hijos para compensar gastos. Por lo mismo,

estábamos obligados a andar descalzos para no meter ruido y de paso no estropear el impecable aseo que mi mamá hacía a diario. Me parece que ella siempre estaba agobiada cuando volvíamos, dando instrucciones para evitar que rayáramos el piso, que brillaba como un espejo. Ese era su orgullo.

Llegó marzo, entramos a clases y el Aníbal, mi hermano de en medio, dejó de ir a la playa y de jugar tantas pichangas y empezó a pasar más tiempo en casa, lo que me vino mal porque mis momentos de soledad comenzaron a escasear. Eso, sumado a los constantes trayectos de mi casa hasta la de mi abuela, varias veces al día.

Éramos fanáticos de *Dragon Ball*, así que con el Aníbal le pedíamos a mi abuela la tele del comedor para ver mientras tomábamos once. Así, durante época de clases, Ten Shin y yo, como le decía de cariño a mi guerrero favorito de la pantalla, nos vimos forzados a mantener en secreto lo nuestro ante la presencia intrusa de mi hermano.

Me mordía los labios, sufriendo en silencio, cuando Ten Shin recibía una golpiza o se me inflaba el pecho de orgullo cuando vencía a los malos. Es trágico enamorarse de un personaje secundario, había capítulos en los que él apenas aparecía y otros en los que sencillamente los guionistas se olvidaban de su existencia. Esos eran malos días,

porque iba a tener que esperar hasta el próximo capítulo para, si el destino y el estudio de animación querían, verlo un ratito. Y si ese día en que no se aparecía daba la casualidad de ser un viernes, entonces mi fin de semana se arruinaba y me lo pasaba melancólico mirando por la ventana. Esa era la tónica hasta que mi mamá, en su torpe tono de enojo, me preguntó:

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo mientras trapeaba el piso con un buzo ajado, destinado únicamente a ser ensuciado durante las labores del hogar.

—Nada, mamá, a mí nunca me pasa nada —entonces volví la cabeza sin decir más.

Era un niño con un desmesurado sentido del drama, y hacer evidente mi melancolía me ayudaba a sobrellevarla mejor.

¡Qué ganas de ser de los que se enamoran de los protagónicos!, pensaba, *qué suerte que pueden verlos todo el tiempo*. Me hubiera gustado, pero nunca fue lo mío. Me despertaban desconfianza, con su falsa modestia o un exceso de bondad que de seguro ocultaba los más terribles vicios. Necesitaba encontrar, ante las constantes omisiones en la trama, una forma de satisfacer mi primitivo deseo, y descubrí que hablar sobre Ten Shin Han me provocaba una sensación similar a verlo, despertando una especie de tibia felicidad, como si al hablar de él se hiciera medio presente, tangible.

—¿Y qué opinas de Ten Shin Han? —un día me atreví a preguntarle al Aníbal, con quien habitualmente conversábamos sobre lo mucho que nos gustaba la serie.

—Está bien —respondió con cierta indiferencia.

Me quedé callado un rato, midiendo el tiempo preciso para que no pareciera que demostraba más interés de lo «normal».

—¿Eso nomás? —volví.

—Me gusta que sea callado. Es como misterioso y además parece que es refuerte.

Intenté ocultar mi sonrisa. Era primera vez que hablaba de él con mi hermano y eso convirtió mi sentimiento en algo más real, como si se lo presentara a mi familia.

En retrospectiva, me llama mucho la atención la conciencia que tenía, ya entonces, de que mis sentimientos y gustos me podían traer problemas. Sin tenerlo consciente, estaba desarrollando sutiles estrategias para ocultar aquello que todavía ni siquiera tenía tan claro qué era, pero que de algún modo flotaba en el aire, porque ser maricón era mucho más que el hecho de amar a otro hombre o a un dibujo animado. Había, en ese entonces, una canción que gritaba en medio de pesadas guitarras: «¡Mataría al maricón!» y que se emitía en las radios con una regularidad alarmante. O, por

otra parte, era usual escuchar a mis hermanos decir: «No seas maricón» a alguien que había sido poco honesto. Bajo estas premisas habría que estar loco para identificarse como maricón.

2

El 97 *Dragon Ball* era un tema obligado de conversación en la escuela, así como recrear sus batallas era el juego de moda durante los recreos entre los niños. Yo, que nunca fui muy dado a la actividad física, prefería quedarme mirando desde costado. En el patio, mis compañeros se peleaban por encarnar al personaje protagónico y nunca entendí por qué, si después de un rato nadie recordaba sus roles ni respetaba las reglas narrativas. No era raro que, después de muerto, uno de los personajes reviviera dando una explicación totalmente antojadiza. Y es que, siendo una escuela de hombres, parece que lo importante nunca era tanto a qué jugábamos, mientras sirviera de pretexto para medir la fuerza y destreza de un varoncito sobre los otros. Yo, que tenía todas las de perder, prefería a menudo quedarme en la sala dibujando mientras todos estaban en el patio. El Jonás entraba a veces y me hacía compañía, siempre agitado

y sudoroso. Éramos amigos, o algo parecido, tan amigos como dos varoncitos podían serlo durante los noventa: a veces nos pegábamos o decíamos cosas hirientes, pero después estábamos como si nada hubiera pasado. No era cosa de hombre eso de pedir disculpas o hablar de nuestros sentimientos, que en general eran dos: rabia o alegría. Por su parte, el Jonás estaba siempre intentando seguirles el ritmo a los demás, y no es que no lo quisieran, creo, pero como era gordo lo dejaban fuera de la mayoría de sus juegos o —cuando lo incluían— terminaba rápidamente siendo blanco de burlas. Creo que yo también participé en eso más veces de las que me enorgullece admitir. Un día se sentó a mi lado con su inhalador, mientras desde afuera llegaba el ruido de los niños jugando. Jadeante, se inclinó sobre mí y miró de cerca lo que yo bocetaba para matar el tiempo.

—Fiuuu —silbó—, parece que le pegái al dibujo, cabrito.

Ahora que lo pienso, Jonás siempre habló como un viejo. De repente, una gota gruesa de sudor cayó sobre mi cuaderno, donde dibujaba a Ten Shin Han en distintas posiciones de combate.

—Sale, lo está mojando —lo empujé, y el Jonás ni se dio por enterado.

—Están bacanes. ¿Tenís más?

Asentí, le acerqué el cuaderno y él empezó a hojear. Nunca le había mostrado a nadie mis dibujos, sentía que eran algo tan íntimo, pero el Jonás no podía significar una amenaza, estaba tan abajo en la escala jerárquica de la escuela como yo.

—Te gusta, ¿ah? —sonrió inocente indicando la figura de Ten Shin Han.

No supe qué decir. Sí, me gustaba. Un montón, aunque supongo que el Jonás no se refería a gustar del modo en que yo lo sentía. A pesar de eso, me puso contento este juego de imprecisiones. Asentí.

—¿Y sabí dibujar mujeres? —me preguntó mientras se tragaba con los ojos las imágenes de mi cuaderno.

Nunca antes lo había hecho, me encogí de hombros.

—¿Y piluchas? ¿Sabí dibujar mujeres piluchas?

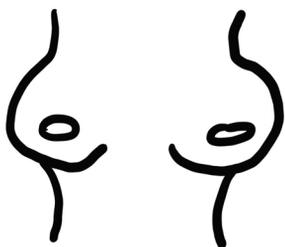
El Jonás me miró fijo. Quería decirle que no, que no me interesaba, pero eran demasiadas explicaciones.

—Puedo intentar —dije.

Dibujé lo que conocía del cuerpo femenino que, seamos honestos, no es mucho hasta el día de hoy. Había visto un par de veces a mi mamá y a la Ceci, una amiga suya, probarse sostenes en mi casa. Es cierto que me había causado una fugaz impresión esos pechos abundantes que tenía

la Ceci y ella me permitía mirarlos porque le provocaba gracia mi actitud. Fuera de eso, no había mucho que decir.

Cuando le entregué el dibujo, el Jonás se quejó de que no tenía pezones. ¿Para qué quería pezones? Era un dibujo, me parecía grosero ponerse los, sin embargo, insistió y yo, para contentarlo, le dibujé unos círculos en el pecho.



Mi referente de desnudez era la figura de Cristo de la iglesia local, que apenas tenía unas tetillas talladas; para mí, las figuras religiosas no tenían pezones. Al menos no las de mi pueblo. Supongo que los católicos los consideran obscenos y así me parecían también. Dibujarlos era tomar conciencia de la desnudez, era asumir eso que tanto me forzaba en negar todavía en mis dibujos masculinos. Sin quererlo, el Jonás abrió una puerta.

A partir de ahí empecé, primero, a dibujar a Ten Shin Han desnudo, generalmente dando la espalda, sugerente, volvía la mirada hacia mí, como si el dibujo me reconociera ante su desnudez, invitándome a mirarlo sin pudor. Luego siguieron todos los personajes masculinos de *Dragon Ball*. Sentía cierto placer al delinear los contornos, como si los acariciara a medida que los hacía aparecer bajo el lápiz, conocía sus formas sinuosas al detalle, porque salían de mi deseo. Cuando terminaba, desechaba culposamente el papel. A eso se reducía nuestra intimidad, a recorrer su cuerpo desnudo y luego desecharlo para que nadie supiera lo que había pasado, sin recuerdos, sin memoria.